

# El Libro Va a las Fábricas

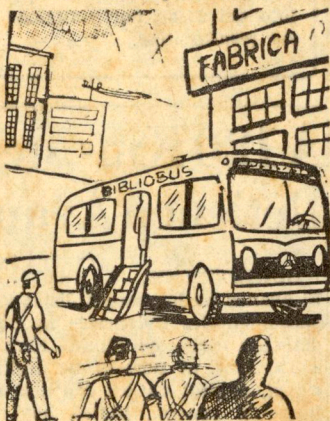
por Sebastián Salazar Bondy

Desde el mes de agosto del año pasado circula por la ciudad, rumbo a las zonas en donde están concentrados los centros fabriles, un ómnibus que no es como los otros. En vez de pasajeros y carga corriente, este vehículo transporta libros, libros debidamente catalogados. Mil volúmenes, que abarcan desde los manuales de orientación técnica hasta los textos escolares, desde las novelas de los autores peruanos del pasado y el presente hasta los tratados de divulgación científica, son conducidos hasta las fábricas en donde los obreros los solicitan, en calidad de préstamo a domicilio, para su lectura y estudio. Este carro es el bibliobús, biblioteca rodante por medio de la cual el Ministerio de Educación Pública, a través del Consejo Nacional de Bibliotecas Populares Municipales, lleva a cabo una labor culturizadora ahí donde la gente, debido a su condición social y económica, está impedida de acudir a las instituciones que prestan este servicio. El libro busca al lector, la educación al educando, conforme lo establecen las normas de una acción pedagógica moderna, dinámica tal cual los tiempos la reclaman.

En principio, el bibliobús estableció su centro de operaciones en los puntos urbanos de afluencia obrera, tales como la Plaza Unión y la avenida Venezuela, pero la experiencia enseñó a los bibliotecarios que había que ir hasta el lugar mismo donde se hallaban los consumidores. En diciembre último eran ya seis las fábricas que recibían la visita del bibliobús, en tanto otras eran mensualmente abastecidas con paquetes de textos surtidos entre los cuales el público selecciona su lectura según sus gustos y predilecciones. Un caso ejemplar es el de la línea 17 de autobuses que solicitó a los encargados de la biblioteca rodante su presencia semanal en el paradero. El problema de la creciente demanda, del éxito, en una palabra, de esta obra de efectiva culturización, ha hecho pensar a los organizadores del servicio en la necesidad de establecer quioscos permanentes en los puntos en donde el experimento ha creado un hábito,

Tres se hayan en proyecto y es casi probable que comiencen a funcionar en el curso de este mes.

El libro del bibliobús es prestado a domicilio, por un plazo fijo. Las cifras de lectores aumentan de una semana a otra, y, por ende, los libros que van a sus manos crecen progresivamente, a un ritmo de asombrosa celeridad. Las pérdidas de volú-



menes son mínimas y los retrasos en la devolución han sido, gracias a un especial control, cada vez menores. Por el contrario, el libro es tratado con especial cuidado, al punto de que, conforme lo atestiguan las bibliotecarias que cumplen la misión en el bibliobús, en la mayoría de los casos el lector lo forra, preservándolo así de los riesgos que en sus manos pueda correr. Ha habido —lo cual resulta conmovedor— quienes han resarcido en dinero la pérdida de un volumen. La devoción hacia ese objeto de cuyo contenido emana el saber es una vocación de nuestro pueblo, lo cual nos debe enorgullecer. Ello es signo de cultura profunda.

Es preciso, sin embargo, pedir algo. No obstante la comprensión que bastantes directivos de las empresas fabriles han demostrado hacia esta obra de extensión cultural, a la cual han aportado una parcial colaboración económica, hace falta que su ayuda moral y material se haga general. El bibliobús, cuya capacidad es de dos mil volúmenes, sólo cuenta con la mitad. Bien sabemos que el libro es caro, que el Estado es pobre y que toda campaña de esta índole, sin pretender ser millona-

ria, requiere de un presupuesto saneado. Los industriales no ignoran que es el trabajador consciente, el trabajador culto, el que mejor rinde en su tarea, y que si no es por filantropía, por mero interés se debe dar en ellos el espíritu de cooperación hacia el empeño ministerial de procurar buena lectura a quienes tanto necesitan de ellos. Hay que confiar en que esta evidencia se imponga y que como efecto de ella los "managers" de la producción peruana la consideren esencial para su progreso particular y para el de la colectividad. Se trata de matar la ignorancia que, según William Blake, siempre será el pórtico de la violencia.

10/4/58